



Carlos Martínez como cronista de la guerra de pandillas

Marta Gburzyńska
Universidad de Adam Mickiewicz, Polonia
gburzynska.marta@gmail.com

Resumen

En el marco de los estudios sobre la crónica latinoamericana, el presente trabajo tiene por objeto comprobar cómo el autor se sirve del género en cuestión para abordar el tema de la violencia relacionada con la guerra de pandillas en El Salvador. Se hará una revisión de los rasgos distintivos de la crónica latinoamericana y se comprobará cómo se hacen patentes en el texto *Nosotros ardimos en la buseta* de Carlos Martínez. Entre las modificaciones más importantes empleadas por el autor se encuentra el uso de la voz indirecta libre, en vez de la citación de los relatos de los testigos. El cuidado al valor literario –el uso del lenguaje coloquial, la simultaneidad, la brevedad de las frases– y el uso del montaje convierten el texto en una crónica representativa de su modalidad latinoamericana.

Palabras clave: crónica latinoamericana, Carlos Martínez, la guerra de pandillas, El Salvador, El Faro

Abstract

Within the frame of the studies on the Latin American chronicle, this paper aims to analyze how the author serves himself from the genre to approach the phenomenon of gang war-related

violence in El Salvador. A brief revision will be made of the characteristics of the Latin American chronicle and it will be shown how they are present in the text *Nosotros ardimos en la buseta* by Carlos Martínez. Among the most important modifications employed by the author, we will find the use of free indirect speech instead of the citation of witnesses' testimonies. The focus on the literary value –the use of colloquial language, the simultaneity, the briefness of the sentences– and the use of montage makes the text a representative chronicle of its Latin American modality.

Keywords: Latin American chronicle, Carlos Martínez, gang warfare, El Salvador, El Faro

1. Sala Negra: la crónica ante el problema de la violencia

La crónica ha encontrado un lugar importante entre los géneros literarios contemporáneos destacados en Latinoamérica. Nombres como Martín Caparrós, Leila Guerriero, Julio Villanueva Chang y Juan Villoro aparecen repetidamente en las antologías del género. Dedicamos este trabajo a la crónica *Nosotros ardimos en la buseta*, del salvadoreño Carlos Martínez (2013), un texto poco estudiado hasta el momento. Carlos Martínez forma parte del equipo del periódico *El Faro*, el cual desempeñó un papel revolucionario en el ámbito de la prensa en El Salvador, especialmente tras su aparición en mayo de 1998 (Acerca de *El Faro* 2022). El periódico surgió como el primer medio nativo digital en América Latina (Palau-Sampio 2019) con la promesa de “hacer un periodismo independiente, sin ataduras, fiscalizador, profundo. Incómodo, como una y otra vez sus reporteros lo han definido” (Castro Fagoaga 2019).

En el marco del periódico *El Faro*, Carlos Martínez contribuyó significativamente al proyecto *Sala Negra*, cuyo objetivo desde 2010 fue investigar los temas de delincuencia y violencia en Centroamérica con el foco puesto en El Salvador, cuyos índices de crimen y violencia se elevaban desde hace décadas (Pappier 2022). “Si existiera un termómetro para la violencia, entre 2004 y 2009, El Salvador hizo fiebre. Entre esos años el pequeño país de veinte mil kilómetros cuadrados fue el más violento del planeta” (Jofré 2015), comentó Oscar Martínez sobre la situación en el país justo antes del año 2010 cuando ocurrieron los acontecimientos tratados en la crónica en cuestión. En 2010 hubo 64 homicidios por cada 100 mil habitantes (UNODC 2022) y en 2015 la tasa de homicidios subió al nivel récord: 105 por cada 100 mil habitantes (UNODC 2022).¹

El proyecto *Sala Negra* en 2016 fue galardonado con el Premio Gabo, el reconocimiento más importante al periodismo en español y portugués. Es concedido por la Fundación Gabo,

organización establecida por Gabriel García Márquez con el fin de apoyar a los periodistas latinoamericanos. El Premio Gabo es una de las iniciativas, junto con los talleres y los festivales, en las que se centra la fundación. Enfocada temáticamente en la cuestión de la violencia, *Sala Negra* ha sido un proyecto dominado por la crónica en su variedad latinoamericana. Como comentó el entonces director de *El Faro* entrevistado por Dolors Palau-Sampio, la hibridez del género en cuestión ha permitido que los periodistas exploren temas complejos:

Sabíamos que teníamos que contar algo muy complejo y veníamos desde experiencias de periodismo narrativo. Nos pareció que era nuestra principal herramienta. Discutimos si solo íbamos a hacer periodismo narrativo y decidimos que no íbamos a cerrarnos a otros géneros, pero que la crónica como género tenía mucho más sentido (citado en Palau-Sampio 2019, 330).

Darío Jaramillo Agudelo (2012, 16), ha explorado diferentes definiciones del género proporcionadas por los cronistas: según Gabriel García Márquez, la crónica es “un cuento que es verdad” (16); Toño Angulo Daneri prefiere la perífrasis: “hija incestuosa de la historia y la literatura, que existe desde mucho antes que el periodismo”; Antonio Cándido opta por esta versión: “literatura a ras del suelo”. Por su parte, Mario Jursich destaca la heterogeneidad de los textos, afirmando que crónica es un “género que tiene un pie en la ficción y otro en la notaría” (Jaramillo Agudelo, 2012, 16). Martín Caparrós, uno de los cronistas que más contribuyeron al empuje y a la legitimización del género de la crónica en la Argentina del cambio de siglo (Angulo Egea 2016), señala la etimología de *crónica* en la palabra griega *crono*, “tiempo” y esto le incentiva a entender la crónica como “un intento siempre fracasado de atrapar lo fugitivo del tiempo en que uno vive” (Caparrós 2013, 26).

Los autores latinoamericanos utilizan el término “crónica” para hablar sobre los textos creados en las últimas dos décadas en los que se borra la frontera entre la ficción y la no ficción. La heterogeneidad es considerada el rasgo fundamental de este género nuevo y fronterizo. Siguiendo la definición de Juan Villoro, la crónica es el “ornitorrinco de la prosa” (Jaramillo Agudelo 2012, 15), porque tal como el ornitorrinco tiene rasgos de diferentes animales, el género combina características de novela, reportaje, cuento, entrevista, teatro moderno, teatro grecolatino, ensayo, autobiografía. Mark Kramer completa la lista con otros géneros: la literatura de viajes, las memorias, el ensayo histórico y etnográfico, la literatura de ficción basada en hechos reales, la literatura de semificción (Jaramillo Agudelo 2012, 15).

2. Crónica latinoamericana: la ambigüedad del género

Uno de los elementos que más se destaca en la obra de los cronistas latinoamericanos es su interés por lo cotidiano: los autores suelen centrarse en “historias mínimas de personajes anónimos” (Callegaro y Lago 2012, 248). Según ha observado Beata Szady,² los cronistas buscan “lo milagroso en lo banal”³ (2021, 8). Por ejemplo, los periodistas peruanos Marco Áviles y Daniel Titingher (2003) analizan el fenómeno de la bebida Inca Kola, mientras que Julio Villanueva Chang (2009) describe minuciosamente la relación entre Gabriel García Márquez y su dentista. Al parecer, los temas baladíes provocan reflexiones sobre lo peruano y sobre la figura del colombiano ganador del Premio Nobel.

Los cronistas suelen tomar como punto de partida los detalles y los márgenes del tema (Callegaro y Lago 2012) y gracias a la acumulación de los pormenores llegan a la esencia del problema tratado. Es un rasgo característico que los cronistas, aun prestando mucha atención a los detalles, en ningún caso renuncian a la totalidad (Callegaro y Lago 2012), a una perspectiva

más amplia, alcanzándola gracias a la abundancia de detalles (Maidana 2012). Buen ejemplo de ello es la práctica de Leila Guerriero: para construir retratos precisos, la cronista destaca los modos de expresarse de los personajes y su apariencia (Maidana 2012). La inclusión tanto de la esfera micro, como macro del asunto es una muestra de la capacidad de los cronistas para combinar diferentes perspectivas y presentar a los lectores una mirada a la vez detallada y total.

La reflexión sobre los conflictos de todo tipo configura la base de varias crónicas. Se trata de relaciones tanto entre individuos, como entre grupos. Sin embargo, cabe subrayar que los conflictos de clase cuentan con el interés especial de los autores de las crónicas (Callegaro y Lago 2012). Carlos Martínez, en el texto *Nosotros ardimos en la buseta*, destaca el problema de la guerra de pandillas en su complejidad: no solo presenta la guerra como una lucha entre dos pandillas con graves consecuencias en las vidas de los salvadoreños, sino que también busca los fundamentos del problema en el conflicto de clase.

Otra estrategia narrativa frecuentemente utilizada en las crónicas es la ruptura del orden cronológico de los acontecimientos (Maidana 2016). Los cronistas utilizan la técnica del montaje (Callegaro y Lago 2012) para construir el texto con el uso de diferentes fragmentos. Vale la pena señalar que el montaje es un recurso procedente de la cinematografía y en el campo de literatura concierne a la organización sintáctica discursiva del texto (Calatrava 2008). En caso de las crónicas, el montaje frecuentemente consta de componer un texto de fragmentos anacrónicos. Juan Cristóbal Peña (2007) empieza su crónica sobre la biblioteca del dictador Pinochet *in medias res*: narra la llegada de un equipo compuesto por “un chofer, un funcionario de Investigaciones y dos peritos bibliográficos acompañados por tres ayudantes” a la residencia de Augusto Pinochet; en las siguientes partes del texto presenta de manera retrospectiva los acontecimientos previos al descubrimiento de la enorme biblioteca del dictador. La estructura *in*

medias res no solo demuestra un dominio del material narrativo, sino que supone una buena herramienta para captar la atención del lector: narrar desde la mitad de la historia, con el conflicto iniciado, despierta la curiosidad con una serie de incógnitas que están por descubrir. Gracias a las técnicas mencionadas, el autor se convierte en “estructurador del relato” (Maidana 2016, 30), juega con las perspectivas y muestra el problema desde un punto de vista inusual.

La narración en primera persona es otro recurso narrativo muy presente en las crónicas. Si los cronistas no deciden recurrir a este tipo de narrador, se aproximan a la técnica en cuestión con el uso del estilo indirecto libre o la inclusión de sus comentarios. Así, los cronistas destacan su mirada subjetiva (Callegaro y Lago 2012) y no persiguen la objetividad. El estilo indirecto libre crea “una ambigüedad comunicativa” (Maldonado 1999, 3551), dado que no se puede realmente saber si lo que enuncia el narrador es “responsabilidad suya” o forma parte de un monólogo interior del personaje. Esta cuestión se complica aún más en caso de presentar personas reales: no nos encontramos ante dos instancias “ficticias” – el narrador y el protagonista–, sino una “ficticia” –el narrador– y una real –el protagonista-víctima–.

La subjetividad destacada se puede entender como una respuesta a la imposibilidad de escribir un texto objetivo: el periodismo tiene carácter performativo, es decir, no solo pretende describir la realidad, sino también la crea (Broersma 2010). La idea de la performatividad del periodismo destaca su carácter paradójico: el periodismo es una profecía que se autocumple (Broersma 2010), desafía la oposición binaria entre lo objetivo y lo subjetivo (Broersma y Harbers 2014). Martín Caparrós pone de relieve que la narración en primera persona transmite el siguiente mensaje: “esta no es la verdad, es lo que yo digo” (Maidana 2016). El cronista argentino la emplea, entre otros textos, en su retrato de la capital de Venezuela: *Caracas, la ciudad herida* (Caparrós 2019).

La tendencia a optar por la narración en primera persona no significa que las crónicas no sean polifónicas, sino todo lo contrario: entrevistar a la gente e incluir en los textos los relatos de los testigos reales de los acontecimientos es una de las partes claves del trabajo del cronista (Callegaro y Lago 2012). La polifonía, explorada por el teórico Bajtín, consta en incluir varias voces en un texto y es “una continua mezcla de voces y un proceso de estilización del hablar de otro” (Pozuelo Yvancos 1989, 245). La polifonía implica la apertura a la perspectiva del otro, una “dimensión ideológica moral” (Pozuelo Yvancos 1989, 245). Además, la voz narrativa no debe ser equivalente a su focalización: los narradores asumen diferentes visiones de los hechos. La estrategia de la polifonía no deja que el autor se aleje de la realidad, es decir, construya una visión propia de los sucesos. Gracias a la polifonía, en una sola crónica breve sobre la comercialización de la imagen del Che Guevara, Álex Ayala Ugarte (2012) incluye las voces de nueve habitantes de La Higuera y Vallegrande.

Los autores a menudo recurren también a los diálogos, un procedimiento que pertenece tradicionalmente al género dramático y aparece frecuentemente en la narrativa. Según la teoría del habla, los diálogos requieren del lector una atención especial: tiene que interpretar las palabras de los protagonistas y a continuación adscribirles ciertas emociones: la queja, la indignación, el rechazo y muchos más (Chatman 1978). Vale la pena destacar que en las crónicas la función de los diálogos es doble: en cuanto a la forma, dan aire y fluidez al relato (Maidana 2016); en lo que atañe al contenido, transmiten la información de manera directa, por ejemplo, en el tema de las conversaciones de los protagonistas, e indirecta, a través del lenguaje. La manera de expresarse de los personajes “contribuye a crear el clima y a delinear a los personajes” (Maidana 2016, 31). Además, al comentar la teoría de Bajtín, Chatman destaca que los lectores,

leyendo los diálogos, “están enormemente preocupados por las posibles respuestas de sus interlocutores” (Chatman 1978, 189).

La ya mencionada inclusión de numerosos relatos de los testigos requiere un trabajo de campo meticuloso y un profuso contacto con las personas afectadas por el problema abordado o relacionadas de alguna manera con el tema de la crónica. Por consiguiente, los cronistas se dedican tanto a “mirar, entrevistar, recorrer” (Maidana 2016, 30) como a la investigación clásica de las fuentes escritas. “[E]l buen periodismo empieza por los zapatos”, explica Alberto Salcedo Ramos (2013).

Martín Caparrós dio a los cronistas el nombre de “los cazadores de principios” (Maidana 2016). Los autores buscan “un gancho que atraiga al lector y lo deje prendido del texto” (Maidana 2016). En la construcción de estos “ganchos” los cronistas emplean varios recursos literarios, como preguntas retóricas o paradojas. Vale la pena señalar que el papel de la primera frase del texto es no solo atraer a los lectores, sino también sugerir al lector el tono de todo el relato. Algunos principios sorprenden, crean un efecto cómico: “Color orina y sabor a chicle” (Áviles y Titinger 2005), al tiempo que otros intrigan, introducen un tono reflexivo “¿Quién era usted?” (Guerriero 2010).

Hay que mencionar también la abundancia de procedimientos estilísticos que aparecen en las crónicas. En aras de añadir valor literario a sus textos, los cronistas han desarrollado su propio estilo de escritura, distintivo y reconocible (Maidana 2016). Gracias a los numerosos recursos literarios, los cronistas logran retratar mejor la realidad y convierten las crónicas en textos llamativos desde el punto de vista estético. Los procedimientos empleados pueden concernir al sonido de las palabras: uno de ellos es la aliteración, que consiste en la “repetición de rasgos fónicos iguales o muy semejantes acústicamente” (Pozuelo Yvancos 1989, 178). Vale

la pena destacar también los procedimientos que influyen en la sintaxis, por ejemplo, el paralelismo, es decir, figura de la ordenación sintáctica que se basa en la división de un todo “en miembros que se corresponden sintáctica y rítmicamente entre ellos” (Pozuelo Yvancos 1989, 183). No es el objetivo del presente trabajo hacer síntesis de los procedimientos estilísticos presentes en las crónicas, pero destacamos solo uno más: el uso del lenguaje coloquial, caracterizado por la ausencia de planificación, el fin comunicativo socializador y el empleo en situaciones informales (Briz 1996).

De lo expuesto hasta ahora podemos deducir que las crónicas son textos heterogéneos en cuanto a sus rasgos genéricos. Hemos prestado atención tanto a los rasgos formales: uso del montaje, narración en primera persona, polifonía, uso del diálogo, cuidado del valor literario, como a las estrategias utilizadas por los cronistas: detalles como punto de partida, importancia del trabajo de campo, cronista como cazador de principios, y las cuestiones abordadas, a saber importancia de lo cotidiano y presencia del tema del conflicto. Las características que acabamos de destacar nos servirán en la parte siguiente como el eje del análisis de la crónica *Nosotros ardimos en la buseta* de Carlos Martínez (2013).

3. *Nosotros ardimos en la buseta: la guerra de pandillas en la crónica*

Carlos Martínez dedica la crónica *Nosotros ardimos en la buseta* (2013) a “uno de los hechos de brutalidad pandillera que más ha impregnado la memoria de los salvadoreños”, un caso emblemático de la violencia pandillera. El texto narra una emboscada organizada, un domingo de 2010, por la pandilla Barrio 18 contra un microbús durante su trayecto desde San Salvador a Mejicanos. El objetivo de la emboscada era la venganza generada por la guerra de pandillas. En ella murieron 17 personas y 15 más fueron heridas, eran personas no involucradas directamente

en el conflicto. El tema central de la obra había obtenido una cobertura mediática significativa y había provocado gran indignación entre los salvadoreños (El Mundo 2010) antes de la publicación del texto el año 2013.

En cuanto a la estructura del texto, *Nosotros ardimos en la buseta* empieza con una entrada, un elemento típico de los textos periodísticos. La parte principal del texto en cuestión está dividida en dos partes. En el primer capítulo, el autor presenta los retratos de los seis protagonistas: El Peluquero, El Conductor, La Vendedora de Paletas, La Pupusera, El Controlador, Ella; en el segundo, describe la emboscada de manera cronológica. Además, los últimos párrafos del texto aparecen bajo el subtítulo “Vivir en la colina” y hablan de las consecuencias a largo plazo del acontecimiento. El acontecimiento lo entendemos aquí como un evento fuera de lo común, en el que pasa “algo indescifrable dentro de los códigos establecidos en una situación dada” (Camargo 2010, 109).

En la entrada Martínez incluye la información sobre el tema del texto y resume brevemente los acontecimientos: “(...) Esta es la historia de cómo en junio de 2010 los pandilleros organizaron la emboscada contra el microbús en Mejicanos (...)” (2013). El cronista pone en relieve la bestialidad de los asesinos, construyendo una frase superlativa: “uno de los hechos de brutalidad pandillera que más ha impregnado la memoria de los salvadoreños” y empleando la metáfora “camino a la muerte”. Como el lector desde el principio conoce el final trágico, su mirada se dirige a los antecedentes de los acontecimientos y a las repercusiones de la tragedia en las vidas de los habitantes de Mejicanos.

La entrada va seguida por el lema de la obra, un fragmento de una composición lírica de Oswaldo Escobar Velado, un poeta salvadoreño que se dedicó, entre otros géneros, a la escritura de la poesía social, de denuncia (Alas 2003). Conocido por su participación en la

sublevación del 1944 en El Salvador (López 1967), mostró su solidaridad con el pueblo salvadoreño en el poema “Patria exacta”, uno de cuyos fragmentos encontramos en *Nosotros ardimos en la buseta*.

Esta es mi patria:
un montón de hombres; millones
de hombres; un panal de hombres
que no saben siquiera
de dónde viene el semen de sus vidas
inmensamente amargas (104).

Los salvadoreños aparecen en la reflexión amarga del poeta como un colectivo perjudicado por las desigualdades. Se puede encontrar similitudes entre el compromiso social del poeta y el compromiso de Carlos Martínez: el cronista se acerca a los individuos que forman el colectivo de los salvadoreños y cuenta sus historias personales.

El primer capítulo de la crónica, titulado “Los que estuvieron a punto de no subir al microbús de la fatalidad” (Martínez 2013), no está dedicado al acto de violencia, sino a la vida cotidiana de las futuras víctimas. Martínez yuxtapone las acciones que los personajes realizan en el mismo momento en distintas partes de San Salvador y así consigue un efecto de simultaneidad. Gracias al montaje, el lector puede observar las trayectorias de los personajes, que luego se enlazan en el momento de la tragedia.

El cronista describe con detalle la historia personal y la rutina diaria de los personajes: El Peluquero no solía trabajar los domingos, excepto al día de la emboscada; “El Salvador ha arañado a la familia de El Cobrador un par de veces, él mismo dedicaba la mayoría de los

domingos a darle duro a la milpa y al frijolar”, es decir, a labrar la tierra en vez de trabajar como cobrador en la buseta; La Vendedora de Paletas tenía una hija adolescente y los domingos recorría las zonas turísticas de San Salvador “buscando clientes para sus golosinas”. Gracias a una descripción minuciosa de la historia personal y de la rutina diaria de los personajes, Martínez crea un vínculo afectivo entre el lector y los protagonistas. El motivo de la vida cotidiana no es fundamental en el texto, es más bien una herramienta empleada para obtener otro fin, como veremos a continuación.

En el capítulo primero, Martínez se enfoca también en las figuras de los pandilleros, especialmente en el asesinato del pandillero Crayola, el cual provocó la venganza. Aquí se narra la reunión alrededor de los columpios, los victimarios toman la decisión de realizar la matanza. En este sentido, Carlos Martínez sigue un procedimiento común en las crónicas: el autor parte de los detalles y los márgenes del tema y pasa a la esencia del problema en el capítulo segundo, titulado “La vida viaja atrapada en la ruta 47”. Cabe destacar la presencia del tema del conflicto en el texto: la guerra brutal entre las pandillas Barrio 18 y Mara Salvatrucha es un conflicto creciente. El asesinato del pandillero Crayola desencadena la masacre en la buseta. Sin embargo, Carlos Martínez señala también otro aspecto de los conflictos frecuentemente tratado en las crónicas (Callegaro y Lago 2012): el asunto de clase. El autor reflexiona sobre la colina Mejicanos: “Se equivocó la gente rica de San Salvador dejándoles esta colina a los pobres”, destacando la enorme brecha de inequidad existente en San Salvador. El escritor consigue acumular en una frase una grave acusación: son los ricos quienes abusan de su poder y provocan el conflicto de clases.

En vez de utilizar la narración en primera persona, procedimiento típico de los cronistas, Carlos Martínez recurre al narrador omnisciente tanto en el primer capítulo, como al principio

del Capítulo segundo. Usa el estilo indirecto: “Mamá se preguntaba qué podría querer alguien a esa hora para hacer ese barullo”, y el indirecto libre: “Es una bendición salir de trabajar temprano, aunque sea unos putos minutos, más si es domingo, cuando los suertudos están panza arriba todo el día”.

El relato de la emboscada en el capítulo segundo es muy detallado y preciso, no deja lugar a dudas sobre cómo fueron los acontecimientos: “Un hombre joven hace parada al microbús con una mano justo frente a unos edificios de apartamentos. El chofer detiene el vehículo unos metros antes del hombre, que trota la distancia hasta la puerta de entrada”. Teniendo en cuenta el rasgo destacado antes, es decir, el hábito de los cronistas de elegir la narración en primera persona y no pretender la objetividad, es un procedimiento inusual. Sin embargo, la voz del autor se revela al final del texto: “Un día, cuando bajaba por la colina, me encontré a una maestra de una de las escuelas del lugar mientras ella iba bajando esa cuesta traicionera y le ofrecí aventón en mi carro”, escribe Carlos Martínez y confirma que sí que estuvo en Mejicanos y sí que habló con la gente.

Los seis protagonistas del texto son víctimas reales de los acontecimientos. Cuando el autor escribió el texto, la mayoría de ellos ya habían muerto en la emboscada, así que dedicar unos párrafos a narrar desde la perspectiva de cada uno es una forma alternativa de darles voz. Sin embargo, dicha compensación se basa en la presunción y la probabilidad, se acerca más a la ficción que a la no ficción. El capítulo segundo incluye también unos relatos de los familiares de las víctimas en estilo directo: “Luego los llamé a los dos y les dije: yo voy a trabajar para que tengan lo más necesario, siempre los voy a apoyar. Su mamá no sobrevivió. Nos va a hacer falta, pero aquí estoy yo”, dice un padre. La inclusión de los relatos es uno de los rasgos más significativos de las crónicas.

El trabajo de campo y la investigación de fuentes escritas son dos vías de búsqueda de información a las que recurre Carlos Martínez. En cuanto a las fuentes escritas, el autor menciona fotografías que aparecieron en la prensa local como *El Diario de Hoy* o *La Prensa Gráfica* y cita el relato del policía Lombardo encontrado en el atestado oficial del tribunal. Con estas fuentes de información oficial el autor combina también los materiales obtenidos durante el trabajo de campo y así enriquece el texto con relatos de los testigos. El cronista recurre a la información menos oficial y escucha a los que normalmente no tienen audiencia. Con todo, en contraposición con otras crónicas, el texto en cuestión resalta la ausencia de diálogos. Teniendo en cuenta el papel doble de los diálogos destacados antes, buscaremos otros procedimientos que sustituyan a los diálogos.

Aunque los cronistas suelen empezar los textos con frases sorprendentes, Carlos Martínez se decanta por una descripción clásica de una tarde de domingo:

La lluvia comenzó a caer sobre la colina antes de las 6 de la tarde. Suave, buena. Se iban haciendo charquitos en las calles de tierra y el cielo de domingo amenazaba tormenta.

Cuando el sol se esconde es oscura la colina; la alumbran solo unos faroles malogrados y los bombillos amarillos de las casas. En una de esas casitas Ella esperaba a que Café terminara su jornada como conductor de microbús (2013)

El autor no intenta impresionar al lector con conceptos barrocos ni construcciones sofisticadas, sino que hábilmente introduce el sentimiento de inquietud, de angustia. Las condiciones del tiempo son un presagio de los acontecimientos dramáticos: la lluvia que cae es primero “suave, buena”, pero después “el cielo del domingo amenaza con tormenta”: de esta manera, el autor crea tensión. Asimismo, introduce una misteriosa figura llamada Ella, que espera a su marido en una casa iluminada en medio de la oscuridad. Pese a que el comienzo en sí no es sorprendente, al

contrastar la lluvia suave con la tormenta y la oscuridad con la luz, el autor consigue producir un ambiente de inquietud.

A la hora de buscar “un gancho que atraiga al lector y lo deje prendido del texto” (Maidana 2016, 31), encontramos esta frase: “Nosotros ardimos en la buseta” (Martínez 2013). El título de la crónica deja lugar a muchas dudas: ¿quiénes son los sujetos? Si ardieron, ¿cómo nos pueden hablar? ¿Será entonces una metáfora? El título de la crónica de Martínez es una herramienta que sirve para despertar la curiosidad y captar al lector desde las primeras líneas del texto. En todo el primer capítulo Carlos Martínez continúa desarrollando la tensión introducida en el primer párrafo. Crea el sentimiento de inquietud de manera indirecta, prestando atención a los detalles extraordinarios que ocurren aquella tarde de domingo en Mejicanos, en San Salvador: “No es usual que los motoristas se lleven los vehículos hasta sus casas”. También se introduce un ritmo inquietante gracias a las repeticiones esparcidas por todo el primer capítulo, del tipo: “Vaya, lo normal”, “Vaya, más o menos lo normal”, “Vaya, lamentablemente lo normal”. No se sabe si son comentarios del autor o pensamientos de uno de los pandilleros expresados en el estilo indirecto libre. En cualquier caso, forman un ejemplo de un procedimiento del texto: el uso del lenguaje coloquial. En la crónica analizada podemos encontrar expresiones coloquiales y vulgarismos, onomatopeyas y anglicismos:

El Tavo y el Tapa iban ese sábado a comprar cervezas para seguir animando la tertulia que habían montado algunos *homeboys* de la clica Columbia Liro Sayco Tayni Locos, del Barrio 18, que controla a la Colonia Polanco, de Mejicanos, y sus alrededores. Yendo iban, pensando en birras, cuando ¡pum, pum, pum, pum! Puta, ¡al suelo, a cubrirse de la balacera!, a prepararse para correr... Vaya, más o menos lo normal.

Como no hay diálogos, el autor narra los acontecimientos utilizando el lenguaje coloquial que posiblemente utilizarían sus personajes, recurriendo al estilo indirecto libre. Casi todas las frases de Carlos Martínez son cortas, pero aquellas en las que incluye la información más relevante sobre los acontecimientos más dramáticos son las más breves. Lo podemos ver en el capítulo segundo, en el relato de la emboscada:

El fuego bloquea la única vía de escape y va comiéndose el microbús. Hay un humo negro dentro. La Niña corre a la parte de atrás, donde la gente está apiñada. El calor comienza a aumentar. Las ventanas son anchas, pero están protegidas por dos barras de aluminio niquelado instaladas dentro del vehículo. Las partes de metal comienzan a ponerse calientes. Los asientos y el hule arden con rapidez (...) Todo esto ocurre en menos de cinco minutos. Es el domingo 20 de junio del año 2010.

La tensión mencionada anteriormente alcanza aquí el clímax: hay detalles brutales, frases muy densas acumuladas en un solo párrafo cuya lectura dura siete minutos. La lectura es difícil, se vuelve incluso insoportable. Carlos Martínez consigue el efecto de sofocar al lector con la narración.

4. Conclusiones

A la hora de recibir el Premio Gabo, los periodistas de *El Faro* (2016) comentaron: “Mientras otros se entregaban a la imagen de impacto, reivindicamos la palabra como lo máspreciado que tienen nuestras comunidades. La palabra de la víctima, la palabra del testigo, la palabra de la memoria. Y la palabra del narrador”. Tras el análisis de la crónica *Nosotros ardimos en la buseta*, notamos el cuidado que Carlos Martínez pone en dar la palabra. El cronista decide narrarlo desde el punto de vista de las víctimas. Como ya hemos puesto de relieve, el

autor presta mucha atención a los detalles de su vida cotidiana. Gracias al trabajo de campo y la investigación de las fuentes escritas, Carlos Martínez arroja luz nueva a los datos conocidos. Con ello, la crónica se convierte en un texto original y notable.

El cuidado del valor literario –el uso del lenguaje coloquial, la simultaneidad, la brevedad de las frases– y el uso del montaje convierten el texto en una crónica representativa de su modalidad latinoamericana. La excepcionalidad de la situación, es decir, la muerte de muchos testigos requirió una modificación de algunos elementos típicos de la crónica: Carlos Martínez combina la narración en primera persona con la narración omnisciente; casi no hay diálogos en el texto y los relatos de los testigos aparecen solamente al final de la segunda parte. Tal como otros cronistas, Carlos Martínez es un “cazador de comienzos”, o más bien un cazador de títulos.

Nosotros ardimos en la buseta es un ejemplo de una crónica latinoamericana que supone un intento de abarcar temas trágicos en un género empleado frecuentemente para hablar sobre “lo milagroso en lo banal” (Szady 2021, 8).

Notas

1. En el año 2019 se ha notado un drástico descenso de la tasa de homicidios en El Salvador (37 por 100 mil personas [UNODC 2022]). La bajada continúa hasta hoy en resultado de lo que oficialmente se ha denominado “la guerra contra las pandillas” (Global Initiative 2022, 7), pero los periodistas de El Faro documentaron que se trata de los pactos secretos entre el presidente Nayib Bukele y los líderes de la pandilla Mara Salvatrucha (Global Initiative 2022, 7). A pesar del descenso de la tasa de homicidio, el día 26 de marzo de 2022 ocurrió una abrupta oleada de violencia y el día se convirtió en el más letal desde el fin de la guerra civil salvadoreña a principios de la década de 1990 (Global Initiative 2022, 7).
2. Beata Szady ha contribuido notablemente a la difusión de la crónica latinoamericana en Polonia: en la antología *Dziobak literatury. Reportaże latynoamerykańskie* (2021) aparecen once crónicas de diferentes autores, cada una traducida por alguien diferente. Beata Szady no solo coordinó el proyecto, sino que también abasteció la antología de un aparato crítico indispensable para el lector polaco: una introducción sobre el género y un corto prólogo antes de cada texto, centrado en la figura de cada autor.
3. Todas traducciones de la lengua polaca son nuestras.

Referencias

- “Acerca de El Faro.” *El Faro*, 27 de noviembre de 2022, https://elfaro.net/es/info/acerca_de_elfaro/
- Alas, Javier. “Notas a la poesía salvadoreña contemporánea”. *Cuadernos del Ateneo*, no. 15, 2003, pp. 155-162, <https://mdc.ulpgc.es/utills/getfile/collection/cateneo/id/746/filename/340.pdf>
- Angulo Egea, María. “El realismo intransigente del periodismo literario de Martín Caparrós. Compromiso político, sentido histórico y voluntad de estilo.” *Estudios sobre el mensaje periodístico*, vol. 22, no. 2, 2016. DOI: [10.5209/esmp.54226](https://doi.org/10.5209/esmp.54226).
- Áviles, Marco, y Titingher, Daniel. “El imperio de la Inca Kola”. *Letras libres*, 2005.
- Ayala Ugarte, Álex. *Los mercaderes del Che: Grandes hazañas de personajes minúsculos*. Libros del K.O., 2012.
- Briz Gómez, Antonio. *El español coloquial: Situación y uso*. Arco/Libros, 1996.
- Broersma, Marcel y Harbers, Frank. “Between engagement and ironic ambiguity: Mediating subjectivity in narrative journalism” *Journalism*, vol. 15, no. 5, 2014, pp. 639-654.
- Broersma, Marcel. “Journalism as performative discourse. The Importance of Form and Style in Journalism”, *Journalism and meaning-making: reading the newspaper*, 2010, Hampton Press, pp. 15-35.
- Callegaro, Adriana, y Lago, María Cristina. “La crónica latinoamericana: cruce entre literatura, periodismo y análisis social”, *Quórum Académico*, vol. 9, no. 2, julio-diciembre, 2012, pp. 246-62. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=199025105004>.
- Camargo, Ricardo. “Revolución, acontecimiento y teoría del acto. Arendt, Badiou y Žižek” *Ideas y Valores*, no. 144, 2010, pp. 99-116.
- Caparrós, Martín. “Caracas, la ciudad herida”. *El País*, 21 de enero de 2019, https://elpais.com/elpais/2019/01/21/eps/1548080309_765649.html.
- Caparrós, Martín. *Lacrónica*. Planeta, 2013.
- Carrión, Jorge. *Mejor que ficción*, Anagrama, 2012.
- Castro Fagoaga, César. “El Faro, ganador del reconocimiento a la excelencia periodística.” *Premio y Festival Gabo*, Fundación Gabo, 14 julio de 2016, <https://premioggm.org/2016/07/los-incomodos/>.
- Chatman, Seymour. *Historia y discurso. La estructura narrativa en la novela y en el cine*. Alfaguara, 1990.

- Cristóbal Peña, Juan. “Viaje al fondo de la biblioteca de Pinochet”. *CIPER Chile*, 16 de diciembre 2007, <https://www.ciperchile.cl/2007/12/06/exclusivo-viaje-al-fondo-de-la-biblioteca-de-pinochet/>.
- El Faro. “Discurso del equipo de El Faro, ganador del Reconocimiento a la Excelencia”. *Premio y Festival Gabo*, Fundación Gabo, 29 de septiembre de 2016, <https://premioggm.org/2016/09/discurso-del-equipo-de-el-faro-ganador-del-reconocimiento-a-la-excelencia/>.
- “Por Dios, no nos maten”. *El Mundo*, 22 de junio de 2010.
- Escobar Velado, Oswaldo. *Patria exacta y otros poemas*. UCA Editores, 1978.
- Global Initiative Against Transnational Organized Crime. *Negociaciones letales. Diálogo político entre pandillas y autoridades en El Salvador*, Global Initiative Against Transnational Organized Crime, 2022. <https://globalinitiative.net/wp-content/uploads/2022/05/Violencia-Politica-ESA-Espan%CC%83ol.pdf>.
- Guerriero, Leila. “Idea Vilariño. Esa mujer”, *El Malpensante*, 2010.
- Jofré, Alejandro. “Un oasis de horror en medio de una fosa llena de mierda”, Paniko, 2015, [“https://paniko.cl/los-malos-oscar-martinez-leila-guerriero/](https://paniko.cl/los-malos-oscar-martinez-leila-guerriero/).
- Jaramillo Agudelo, Darío. *Antología de crónica latinoamericana actual*. Alfaguara, 2012.
- López, María Elena. “Oswaldo Escobar Velado y la Generación del 44”. *La Universidad*, no. 5, Septiembre-Octubre 1967, pp. 95-110.
- Maidana, Sofía N. *La crónica narrativa latinoamericana como género híbrido. Los modos de construir la voz propia: el caso de Leila Guerriero*. 2016. Universidad Nacional de Rosario, tesina de grado.
- Maldonado, Concepción. “Discurso directo y discurso indirecto”, *Gramática descriptiva de la lengua española. Vol. 3: Entre la oración y el discurso. Morfología*, 1999, pp. 3548-95.
- Martínez, Carlos. *et al.* “Gobierno de Bukele lleva un año negociando con la MS-13 reducción de homicidios y apoyo electoral”, *El Faro*, 3 de septiembre de 2020, https://elfaro.net/es/202009/el_salvador/24781/Gobierno-de-Bukele-lleva-un-a%C3%B1o-negociando-con-la-MS-13-reducci%C3%B3n-de-homicidios-y-apoyo-electoral.htm.
- Martínez, Carlos. “Nosotros Ardimos En La Buseta.” *El Faro*, 3 de noviembre de 2013, <https://salanegra.elfaro.net/es/201310/cronicas/13785/>.

- Moreno Hernández, Hugo César. “Tiempo y muerte en las pandillas transnacionales de El Salvador” *Nueva Época*, no. 42, 2017, pp. 158-84, http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1870-69162017000200158&lng=es&tlng=es.
- Neu, Dean. “Fragile assets: Street gangs and the extortion business”, *Critical Perspectives on Accounting*, 2022. DOI: [10.1016/j.cpa.2022.102506](https://doi.org/10.1016/j.cpa.2022.102506).
- Palau-Sampio, Dolors. “‘Sala Negra’, periodismo narrativo e investigación para desentrañar la violencia en Centroamérica.” *Andamios. Revista de investigación social*, vol. 16, no. 40, 2019, pp. 327-49, DOI: [10.29092/uacm.v16i40.709](https://doi.org/10.29092/uacm.v16i40.709).
- Pappier, Juan. “Las viejas recetas de Bukele contra las pandillas”. *El Faro*, 15 de junio de 2022. <https://elfaro.net/es/202206/columnas/26226/Las-viejas-recetas-de-Bukele-contra-las-pandillas.htm>.
- Pozuelo Yvancos, José María. *Teoría del lenguaje literario*. Catedra, 1989.
- Salcedo Ramos, Alberto. “Salcedo Ramos: El buen periodismo empieza por los zapatos”. *La Primera Fuente*, 21 de mayo de 2013, <http://www.primerafuente.com.ar/noticia/101621-salcedo-ramos-el-buen-periodismo-empieza-por-los-zapatos>.
- Szady, Beata. *Dziobak literatury*. Dowody na Istnienie, 2021.
- UNODC. *Victims of intentional homicide*. Data UNODC, 2022, <https://dataunodc.un.org/victims-intentional-homicide-table>.
- Villanueva Chang, Julio. *Elogios criminales*. Planeta Perú, 2009.